

068. María, la Hija de Sión

Me gustaría hablar hoy de la Virgen María con un título muy bello que le damos, arrancado de la Biblia, cuando la llamamos La Hija de Sión. ¿Qué quiere decir este título y qué realidades marianas entraña?

Pero antes, traigamos una conversión famosa, la del Premio Nobel francés de Literatura, Paul Claudel.

Durante bastantes años —nos cuenta él mismo—, caminé por los senderos del mal, sumergido en la hermética cárcel de un materialismo asfixiante y de desesperación.

Caminando casi como un sonámbulo entre las nieblas de su incredulidad, un día de Navidad se le ocurre entrar en la catedral de Notre Dame de París y oye entonar el Magníficat. Escucha embelesado el canto, se concentra en sí mismo, y exclama entre angustiado y profundamente conmovido:

- Pero, ¿qué pasa?... ¡Creo, creo, creo!... Y esto —sigue contando el gran escritor— me lo decía con tal fuerza adhesiva de mi corazón que, desde entonces, nada ha podido conmover mi fe y ni tan siquiera rozar esta mi fe.

El precioso Magníficat, que nos ha conservado el Evangelio de Lucas, es el himno gozoso que salió del corazón y de los labios de la Virgen cuando se revelaba en Ella, mejor que en ninguna otra ocasión de su vida, la realidad de ese su nombre: *La Hija de Sión*. En la sencillez extrema de este canto, el gran escritor descubría toda la belleza de la fe, esa fe en Dios que solamente poseen los limpios y los humildes de corazón. La Virgen María le atrajo desde aquel primer momento de luz con fuerza irresistible.

La Biblia no nos dice nada de María como *La Hija de Sión*. Es un título que le hemos dado nosotros. Pero, ¿hemos acertado? ¿Decimos bien? ¿Por qué aplicamos a la Virgen lo que la Biblia dice del pueblo de Israel? Si queremos entender la propiedad de este título como nombre de María, hemos de empezar por adivinar el sentido que le dan los profetas, los cuales hablan siempre a Israel.

Dios había establecido con el pueblo un pacto mirado siempre como alianza nupcial. Dios se había enamorado de Israel. A Israel lo miraba Dios como el novio mira a la novia para desposarse con ella. Y con ella se desposó. Ezequiel lo narra con palabras idílicas hasta el extremo, cuando pone en labios de Yavé estas palabras dirigidas al pueblo: *-Tú creciste, te desarrollaste, y llegaste a la edad núbil. Entonces pasé junto a ti, y te vi. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Me comprometí con juramento, e hice alianza contigo, y tú fuiste mía* (Ez. 16,7-8)

Pero, ¿qué hizo Israel? Esposa enamoradiza de otros dioses, dejó a Yavé y se prostituyó con dioses extranjeros. Yavé mantenía su palabra y su fidelidad, y para escarmentar y enseñar y ganar definitivamente a su esposa huidiza, llevó a Israel al destierro, donde la esposa castigada empezó a darse cuenta del disparate que había cometido. Los profetas enviados por Dios le mantuvieron la esperanza, recordándole que Yavé es un Dios fiel, el cual no rompe la alianza, sino que quiere a la esposa de nuevo entera para sí.

Y es aquí donde hablan los profetas, como Zacarías: *“Exulta sin freno, Hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén”* (Zacarías 2,10). O Sofonías, que le proclama: *“¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel! Yavé, Rey de Israel, está en medio de ti”* (Sofonías 3,14)

Así, Israel se volvió a su Dios. Pero no fue Israel en su plenitud, sino sólo “El Resto”, es decir, todos aquellos que permanecían fieles a la alianza y esperaban el cumplimiento de la Promesa. Eran llamados “Los Pobres de Yavé”. Los “ricos”, según la Biblia, se bastaban a sí mismos y no participaban de la esperanza del Resto. Con el Resto iniciará Jesús el Reino mesiánico.

¿Cuál es entonces el papel de María como Hija de Sión?

En Ella adivinamos la mujer misteriosa que en los profetas personifica a Israel. Es la Virgen más pura, la Esposa más fiel, la judía Madre del Mesías, la Morada y Templo por antonomasia de Dios, a quien llevó en su seno.

María era la pobre esclava del Señor, como se declaró Ella misma. Y María fue la primera en acoger la Palabra y hacer que en el mundo fuera una realidad el “Dios-con-nosotros”.

Cuando llamamos a María *Hija de Sión*, la Virgen se nos presenta llena de encantos: pobre, humilde, pura, llena de gracia, de amor y de ternura.

Ella nos enseña a acoger la Palabra y a guardarla en el corazón.

En su visita a Isabel, al estallar el Magníficat en sus labios, vemos a la muchachita llena de ilusión, compartiendo con su prima unas alegrías inefables, las primeras que trae al mundo el Cristo Redentor.

En la cueva de Belén traspasa todo lo que el poeta más fantasioso podría imaginar. En medio de tanta pobreza y humildad, el gozo de María y de José no han tenido igual.

Y como remate, aquella vida de Nazaret, pobre, sencilla, de trabajo, de amor familiar, colmada de gozos incontenibles por aquel Jesús, niño y muchacho encantador...

El Concilio tuvo mucha razón cuando nos dijo de María que *sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Él la salvación. Porque en Ella, Hija excelsa de Sión, tras la prolongada espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos.*

¡María, encantadora Hija de Sión! ¿Cómo no te vamos a querer nosotros?

Si somos pobres, si somos humildes, si nuestra vida discurre a la sombra de las alas de Dios como la tuya, ¿qué nos falta para tener la misma felicidad que tú?... Si estamos siempre a la espera de la salvación, ¿cómo no vamos a exultar de alegría?...

De tus labios escuchamos las mismas palabras que pronunciará un día tu Hijo Jesús (Lucas 12,32): *¡No temáis, pequeñito rebaño, porque Dios se ha complacido en daros el Reino!...*